## Angel Heidan



# Las tierras de la derrota

Mitómana Producciones

**I**

Estaba cansado de que el amor no me respondiese
y estaba cansado de enamorarme en vano.
¿Qué debe hacer un hombre? ¿Hacia dónde señalar su mano?
Salí del pueblo urgente, esperando que nadie me viese
como yo te vi, tan sonriente y gozando
entre las mantas y los brazos de aquel otro,
que aún conociendo mi devoción fingió no tener rostro,
cuando abrí la puerta y los encontré amando.

Cuando un corazón se rompe todo pierde su rumbo
busqué la cura en la noche, las drogas y la bebida,
pero mil ensoñaciones tuve y ninguna respuesta debida,
fue como si el dolor y la traición fuesen todo el mundo.
Mi mente aún añoraba a aquella que fue única para mí,
su imagen se me aparecía cada vez que cerraba mis ojos
y cada vez que los abría no encontraba más que despojos.
Entonces supe de inmediato que tenía que irme de allí.

Pero, ¿dónde ir? ¿Cuál es la tierra que compadece a los traicionados?

¿Dónde podrían enseñarle a dormir con calma,
a una triste, lúgubre y pequeña alma?
Sin duda una tierra de criminales, me dije, tierra de marginados.
Tomé el sendero gris y alineado, el septentrional,
allí a lo largo un sol calcinante pronosticaba soledad,
no había un amargo retazo del viejo sueño de felicidad,
esa que en realidad nunca existe, que sólo es ocasional.

Los bosques cedieron paso a los prados, y luego un páramo
fue el único paisaje que inundaba el camino.
Sentí que aquella era una señal del destino,
me acosté sobre la tierra y me pregunté quién sería su amo.
Ver desde allí abajo el cielo me quitó la respiración,
las luces tenues del atardecer convergían en un azul profundo
y noté cuán minúsculo era yo ante el mundo,
sentí que en esa tierra descansaba la respuesta que buscaba mi corazón.

## II

Nubes grises acercándose desde lo lejos
y también a lo lejos, un grupo de gente reunida
parecen congregados para una clase de despedida
distingo cada vez más sus cabezas gachas y sus rostros viejos.
Me sorprendí de ver en el páramo esta vida
y sin apuro fui acercándome a uno de ellos
frente a su espalda le pregunté de qué se trataba aquello.
Tal vez sintió mi cansancio, porque dio vuelta y me entregó una bebida.

Luego de beber como un condenado miré a mi benefactor
era una joven muy bella, apenas una adolescente,
miré la ceremonia de despedida y le pregunté por el ausente.
Era mi hermano, me dijo, tal vez comprenda mi dolor.
Asentí mientras veíamos a alguien encender el fuego
y las llamas envolvían al inmóvil joven muerto.
Todos en silencio, como ante una barca que abandona el puerto,
y luego en susurros comenzó por el alma un ruego.

La joven echó a llorar y vi que no se asomaba ningún cuerpo

ni a estrecharla, ni a brindarle consuelo
me acerqué y le dije, muy a pesar de su duelo,
el enigma de los vivos es el dolor por sus muertos.
Me miró de pronto con sus ojos llorosos por los daños,
y sin decir nada se puso a llorar sobre mi pecho.
La estreché sólo para calmarla pero olvidando el hecho
de que yo era un extraño entre los extraños.

Pero debí alejarme, ese no se trataba de mi lugar
dejé a la joven, con su muerto y con sus viejos
sin esperar un atisbo de simpatía o siquiera reflejo
de aquel espacio que había abandonado, mi hogar.
El páramo me condujo al azar hacia un sendero
que parecía concluir en un solitario y pequeño poblado
yo, que sin descanso bastante había andado,
fui a una plaza desierta y tomé un banco imperecedero.

**III**

Bajo el cielo gris y abrumador aún presente
sopla un viento fresco de los anocheceres del invierno
pero no golpea como los provenientes de un gélido infierno
sino que se conforma con deslizarse y acompañar inocente.
Entonces se deja oír un quejido celestial
como una premonición de que un refugio tendría que buscar
antes de que los cielos comiencen a llorar
aquellas lágrimas invisibles de naturaleza sin igual.

Recorrí las calles y en el camino un anciano me señaló,
por tu aura veo que eres un prisionero, un adicto
a tus recuerdos y por eso estás maldito, maldito.
Fue miedo lo único que sentí cuando oí lo que el anciano profirió.
Caminé un poco más y vi a unos niños devorando una rata
me embargó la repugnancia ante tal comportamiento
y noté que la rata aún vivía mientras la estaban comiendo,
observé una boca y pude ver el espasmo de una pata.

¿A qué clase de infierno del abandono había arribado?

Crucé a unos hombres cubiertos de mugre, desaliñados,
y mi inconsciente recordó aquellas historias de endemoniados.
¿A qué se debían estos desórdenes propios del enajenado?
Si me mezclase con ellos a lo largo de un año
tal vez lograse comprenderlos e incluso imitarlos
pero solamente tengo mis ojos para juzgarlos
y a pesar de cualquier medida de tiempo sería un extraño.

¿Y dónde permanecía la feminidad en esta pesadilla?
Aún no había encontrado mujeres, excepto aquella de la despedida,
¿tal vez se encontrasen aisladas y a la deriva?
Anduve en círculos, alrededor de una milla
no encontré posadas donde poder refugiarme,
el pueblo parecía estar habitado por casas abandonadas,
pequeños monstruos, ancianos seniles y bestias atolondradas.
Pero a lo lejos vi una cúpula y hacia ella decidí acercarme.

**IV**

La lluvia comenzó a caer de repente, copiosamente
y yo me encontré junto a otra multitud
pero esta de vez de mujeres con una actitud
ceremoniosa como la de quien espera algo omnipresente.
Así que allí se encontraban, frente a una extraña edificación.
Vestían de negro, cada una llevaba una larga túnica
y mi mente recordó las vestimentas de aquella que fue única
pero sólo por un segundo ya que tenía otra cuestión.

El edificio era similar a una catedral, toda de piedra,
en lo alto se erigía una inmensa cúpula
y bajo ésta una no menos fantástica brújula
mientras las paredes eran cubiertas por la hiedra.
Se trataba, sin duda, de un antiguo templo sagrado
donde convivían estatuas de bestias de creación onírica
e imágenes de otros seres de naturaleza empírica
y me pregunté en nombre de qué dios fue edificado.

En la congregación femenina apareció un suave susurro,

una especie de canto que se extinguió con un chasquido,
del interior del templo fue que nació este sonido,
las puertas se abrieron y salió un hombre con máscara de burro.
El hombre tenía el torso desnudo y señaló el interior
donde apenas pude distinguir unas sombras en la penumbra.
Por la apariencia de la oscuridad sólo una vela alumbra,
pensé, olvidando que buscaba refugio de la tormenta exterior.

Las mujeres, lentamente, comenzaron a entrar,
una a una sin ningún tipo de aparente prisa
y cada vez que pasaban ante el hombre esbozaban una sonrisa,
yo no sabía muy bien cómo comportarme ante el lugar.
La lluvia y los pasos de las mujeres fueron todo lo que escuché,
sólo quedaba yo y el hombre desde su máscara preguntó,
¿ha comenzado la tempestad y regufio no encontró?
Y cuando llegó mi turno en aquella penumbra me adentré.

**V**

Algo más que sombras se escondían en la oscuridad.

Cuando el ambiente me tomó por sorpresa

sin que yo hubiese elegido ser su presa

sentí que abandonaba mis sentidos de humanidad.

Sobre un rojo altar esculpido en roca

descansaba sólo una vela y su luminosidad

apenas sosteniendo la imagen de una deidad

frente a la que una mujer lloraba como loca.

Mientras a mi alrededor e alargaba el negro profundo

fui acercándome a la mujer lentamente

y mis sentidos fueron deslizándose oscuramente

y el resto de mi cuerpo pareció salir del mundo.

La mujer estaba desnuda y en el suelo su frente

arrodillada, estaba dejando algo en el altar,

una ofrenda invisible que su mal pudiese curar.

Yo creía que todo milagro es un proceso inconsciente.

Cuando llegué a su lado su llanto se detuvo

dio media vuelta y fijó su mirada en mí.
Incómodo, sabía que no debía hacer nada allí
sin embargo no se ofendió sino que esta idea sostuvo:
Todos los que llegamos aquí anhelamos el olvido,
nosotros, los enfermos de recuerdos.
Aquí buscamos la salida de nuestros propios avernos,
inclínate conmigo, sólo eso te pido.

Así que tan sólo accedí a su petición
aunque dudando de que aquello fuese lo que buscaba
sin embargo lo hice, el camino nunca se acaba,
me incliné a su lado y junto a ella murmuré una oración.
Ella me guiaba en mis palabras y ya nada más sentí,
el exterior rítmicamente se malgastaba
tal como una vela que poco a poco se apaga,
y entre las palabras y la oscuridad me desvanecí.

**VI**

El caos tomó forma en mi sistema nervioso central
las neuronas hartas de todo se detuvieron
y los neuroreceptores aislados se vieron
cuando mi mente cobró su fuerza animal.
Espirales y vivos seres fractales me rodearon,
en ese momento no entendí sus palabras pero sé
que me dijeron inclínate y toma tu fe,
y por pasillos neurálgicos me guiaron.

Me llevaron frente a un ángel con faz de burro
quien supo de inmediato la paz que yo ansiaba,
sin embargo me dijo que pida lo que tanto anhelaba
y yo hice mi petición de olvido en un susurro.
Todos buscan lo mismo, me aseguró el ser,
y es algo tan sencillo que nadie se atreve a tomarlo
y por justificar su cobardía comienzan a odiarlo.
Pero tú realmente lo necesitas, ven conmigo a beber.

Verás, me explicó, la ilusión es la única realidad,

la sustancia es el gran impostor,

aunque no hallarás nada mejor

si deseas eclipsarte en tu débil humanidad.

Me dijo, abandona todos y cada uno de tus sentidos,

relájate y camina siempre bajo tu sombra

sobre un sendero cubierto por una amarilla alfombra,

al final de él encontrarás dos caminos.

Continuó, ambos caminos conducen a lo mismo,

hacia la gran revelación y única verdad,

no me interesa si demuestras algo de humildad

frente a este juego de psíquico automatismo.

Tomé un sendero y quedé ciego,

me invadió el más absoluto horror

y ante tal tormento creí que todo fue un error,

sin embargo apareció una luz y ascendí al cielo.

**VII**

No había imágenes de ninguna naturaleza
tan sólo sentimientos y recuerdos emergentes
de felicidad y alegría como si fuesen presentes
en lugar de historia tocada por los hechos y su aspereza.
Me arriesgo a pensar que estaba perdido en la ceguera
sentía mis dedos y éstos percibían un vacío espacio,
fui recuperando el resto de mis sentidos, despacio,
pero todo era vacío, no existía nada fuera.

En ese vacío se formó la imagen de aquella
mujer que hasta no hacía mucho había amado.
Mientras se acercaba, la traición parecía pasado,
y cuando su acercamiento acabó, corrí hasta ella.
Ella vio mi carrera y hacia mí abrió sus brazos,
la estreché con el amor que sentía, absoluto amor,
y en su piel y en sus labios perdí mi dolor,
con fervor besé su rostro, su frente y sus manos.

No pronunció palabras, no necesitaba escuchar nada,

me bastó con volver a sentir su cálida presencia.
No quería pensar, no quería pensar en apariencia,
estaba embelesado ante tan celestial hada.
En ese momento supe que no era más que ilusión, un ideal,
aunque la carne era más fuerte y me disuadía
de asimilar que todo esto era otra fantasía
y recordé palabras del ángel, la ilusión es lo real.

Me sentía dichoso hasta que dijo su verdad mi dama.
Esto sucedería si conmigo volvieses,
haría que de frustración en el suelo te revolvieses
por tu estupidez al amar a aquella que no te ama.
No tengo palabras para expresar lo mal que me sentí
cuando este secreto que siempre sospeché fue revelado,
creí estar en el paraíso cuando la vi, pero ahora, angustiado,
a mis pies el cielo se abrió y rápidamente caí.

**VIII**

Un intenso calor, un sentimiento de calor agobiante.
Poco a poco recuperé la visibilidad,
estaba sobre una roca en total inmovilidad,
y cuando me puse en movimiento el aire se hizo más sofocante.
Aún confuso miré hacia adelante y vi a un viejo,
a medida que me acercaba a él, él se acercaba a mí
y un segundo después esta visión comprendí
cuando alargué un dedo y percibí en la punta un espejo.

Me hallaba en una caverna, un espacio cóncavo imperfecto,
contemplando mi reflejo no levemente perturbado,
preguntándome qué había ocurrido, qué me había afectado
de manera tan fantástica para envejecer mi aspecto.
Sentí un malestar en mi pecho y en todos mis huesos,
sudaba de manera terrible en aquel ambiente,
era una tortura existir en aquel consciente
y ante esta nueva angustia mis músculos permanecieron tiesos.

Agobiado también por mis nervios seguí adelante,

la caverna desembocó en una cámara penumbrosa
aún más imperfecta y sumamente herrumbrosa
donde descansaba, en el suelo, una sierpe gigante
devorándose con ferocidad a sí misma
como aquel Uroboros de la mitología
exceptuando la sencilla anomalía
de que este ser a su abismo se abisma.

De la nada me cubrió una nube de insectos
y por cada agujero de mi cuerpo penetraron
sentí asfixia y horror cuando arribaron
a mis cartílagos y devoraron mis huesos.
¡Cuánto dolor, dolor verdadero!
No podía creer que antes de aquel momento
el dolor ante la traición se veía como el mayor tormento.
Antes de desvanecerme vi acercarse a un animal carroñero.

**IX**

Abrí mis ojos y me encontré frente al altar
sin saber cómo había llegado allí,
¿fue mi viaje real o un sueño ocurrido allí?
¿Debería descubrirlo o a alguien podría preguntar?
En el altar un hombre de burro enmascarado
sermoneaba en un lenguaje sibilino
hasta que miró hacia mi lugar y señaló a éste peregrino,
quien aún aturdido escuchó al hombre, asustado.

Se trata un complot, decía, toda realidad,
por haber consentido, sin discutir, a los dioses
en aquellos momentos que debimos seguir nuestras voces
en lugar de ocultarnos en desconocida vanidad.
Ese dios que se hizo carne es símbolo de muerte,
tan sólo predica un oscuro fetichismo masoquista,
me recuerda a aquel torturado maquinista
que al descubrir su debilidad decidió no ser fuerte.

Y no hay nada peor que esos patéticos profetas

que dijeron ser iluminados abriendo sus mentes
y luego despreciaron a quienes no fueron obedientes
a las reglas impuestas y no siguieron sus metas.
Falsedad, digo yo, ante estos viles traidores
que señalando, discriminando y amputando hicieron historia
y crearon un agujero en la memoria
de todos aquellos que consintieron sus errores.

¿A qué me refiero con todo esto?
Sabemos muy bien por qué hoy aquí estamos,
ya no queremos ser los condenados
al flagelo que nos impone el resto.
No buscamos ningún perdón divino
paraíso e infierno son dos lugares míticos
predicados por temerosos seres rígidos.
Nosotros tendremos la vida en el olvido.

**X**

Los congregados prorrumpieron en un cántico
no parecía ser una alabanza en ningún idioma
sino sonidos que transportaban un coma
mucho más oscuro y luminoso que uno mántrico.
Y en medio de esta surreal cacofonía
se sumó una percusión rústica
de oscuras pretensiones gracias a la acústica
del edifico sagrado que nos contenía.

El orador enmascarado me señaló
mientras yo continuaba en el suelo
deseando para mi confusión un consuelo,
pero sin embargo en enigmas me habló.
No hay casualidades, misterioso visitante,
lo que tú viniste a buscar está aquí sin duda,
estamos aquí para aliviarte, te daremos ayuda
para que olvides la traición de tu amante.

Me extendió su mano a través del altar,

yo la tomé y a ponerme de pie me ayudó
y ni por un segundo dudó
de lo que yo estaba a punto de preguntar.
Se apresuró a decir, estás en las tierras de la derrota,
hacía aquí llegan muchos seres afligidos,
nosotros nos dedicamos a sanar sus sentidos
de la única manera posible, gota por gota.

Las mujeres que aquí se encuentran
son todas santas sacerdotisas
y estarán complacidas de devolverte tus sonrisas,
saben cómo hacerlo pues el placer frecuentan.
Sólo a una y una sola vez podrás consultar
así que piensa bien al hacer tu elección,
no querrás cometer una equivocación
ya que del error nadie te podrá salvar.

**XI**

¿Con qué palabras describir mi proceso de elección?
En la penumbra apenas distinguía una mirada
esquiva, sólo por una vela iluminada,
y que sin embargo me llenaba de atracción.
De todas las palabras que se toman
ninguna de ellas llega al cielo,
son como feroces, salvajes, caballos de hielo
que permanecen naturales, nunca se doman.

Miradas furtivas, ojos soñadores
verdes, azules, oscuros del ensueño
como si ninguno fuese a tener dueño.
Miradas esquivas, ojos salvadores.
El iris es un inquieto universo
donde las formas simplemente estallan
aún cuando las pupilas no se dilatan
siquiera para justificar este verso.

¿Dónde fijar mi vista? ¿Qué era lo importante?

¿Cabellos rubios, oscuros o rojizos?
¿El cielo externo eterno gris plomizo?
Sin encontrar respuestas debí seguir adelante.
Hasta que captó mi atención una mujer mestiza
de ojos claros y azabache cabello.
No podría explicar jamás lo bello
que me sedujo en su disimulada sonrisa.

Me deslicé con mis largas patas de araña
completamente cautivo en su tela,
ella notó mi acercamiento detrás de la vela
y estuve seguro de que el instinto no engaña.
Vestía la oscura túnica y mi mano tomó,
su piel era suave y sedosa,
nunca había sentido una textura tan hermosa,
nos alejamos y a otra sala me llevó.

**XII**

En la otra cámara descansaba un lecho
por antorchas iluminado tenuemente,
ella se recostó silenciosa, suavemente
y yo con pasión me sumergí en su pecho.
Me sumergí en lo más profundo del inconsciente
en un alma vacía, en un agujero
me convertí en voraz pasajero
y olvidé mi condición de penitente.

Fui astronauta cansado de las naves,
me maravillé ante el monte de su planeta
donde vislumbré la estela de un cometa
entre caricias y besos fugaces.
Juglar de la tierra prometida,
luego de haber atravesado la cofradía
el premio a mi elección recibía,
el dolor que en el placer se olvida.

Fui rata buscando refugio, escarbando

antes de que llegase la inundación

desesperadamente buscando la salvación

de una tempestad que me estaba cercando.

Perdido en el frenesí de la fiesta de carne

¿Cómo evadir el destino señalado

cuando uno se siente morir y ser resucitado?

Fui un ser demasiado complicado para amarse.

Cuando yo me alimenté de ella,

ella se alimentó de mi

y fue en ese preciso instante cuando sentí

la supernova de una estrella.

Abrazos y agazapados en las mantas

nos convertimos en uno

y luego tomamos el desayuno

de escarabajos y cucarachas.

**XIII**

Pasó un tiempo sin tiempo,
tan sólo un momento en que no pasó nada
más que una eternidad con la belleza arrebatada
perpetuada en el viento.
Aparecieron visitas durante nuestra sesión
otros cuerpos se acoplaron a los nuestros
mientras nosotros nos volvíamos maestros
de una extraña e inusitada redención.

¿Cuánto dura el firmamento?
¿Cómo medir el infinito?
Éramos parte de un lúdico mito,
la eternidad es sólo un momento.
Preparamos inmensos banquetes, celebraciones,
los visitantes alababan nuestro amor
hasta que llegó el hartazgo y se extinguió el calor
y ya no supimos que hacer con nuestras oraciones.

Cuando se acabe la pasión el alcohol nos renovará,

nos curará las nuevas heridas para que volvamos a desgarrarnos,
ésta fue la tesis de mi compañera y a lo único que nos aferramos,
probemos el afrodisíaco éxtasis que renacerá
el sexo suave y placentero que practicamos
día y noche frente a la vista de nuestros discípulos jóvenes
que buscan la cura para la solución a sus tentaciones,
al menos eso fue lo que pensamos.

Estancados en los placeres de la sodomía
nos dormimos mil años en la desidia
recordamos el pasado y sentimos envidia
de aquellos que creían que el sexo los complacía.
Desperté en una espiral
curvilíneas y cicatrices me profetizaron
y con el pensamientos se ordenaron.
Algo llegaría más allá del bien, más allá del mal.

**XIV**

El ángel con rostro de burro volvió a aparecer
en mis sueños, diciendo, víctima de víctimas,
no has aprendido nada de enseñanzas mínimas,
seguramente alguien perecerá para que puedas entender
lo que es a las tierras de la derrota pertenecer.
Abandónate, deslízate, vuélvete animal
escuchando el sonido subliminal
y ríndete a él, déjate ceder.

Me mostró el látigo y su poder,
inundado en la debilidad de la sangre
para satisfacer su inconmensurable hambre,
me dijo, allí deberás caer.
Me sostuvo el antebrazo sobre el suelo
y en mi mano clavó una estaca.
¡Qué dolor inexplicable, delicia inexacta!
Me dijo, éste será tu señuelo.

Comprendí de inmediato el poder de su palabra

y comprendí el por qué de mi hartazgo.
Allí de mis cenizas nazco
esperando que una puerta se cierre y otra se abra.
Y otra puerta había sido abierta,
la luz de una vela era todo lo que nos iluminaba
y eso era mucho más de lo poco que necesitaba
para llevar a cabo mi tarea cierta.

¡Dolor, dolor sería mi nombre encantado!
Porque más de una vez tuve que respirar
el aire de un amor que no podía amar
y el amor frente a seres que no me habían amado.
Cuando el ángel ascendió al cielo todos lo vieron
estaba alegre por mi triunfo,
gritó, compártelo con el mundo,
y poco a poco mis ojos se abrieron.

**XV**

Desperté en el lecho junto a mi sacerdotisa,
mi compañera, se veía tan vulnerable y tibia
con sus ojos cerrados y su piel anfibia
que lamenté despertarla para comunicarle con prisa
la visión que me había llegado, el sueño que había soñado,
la respuesta a nuestro enfriamiento
que descendía del firmamento.
Le referí la fantasía que les he contado.

¿Así que para esto me has despertado?
Me dijo, tenemos tiempo de amor y tiempo de desgano,
no busques más, todo es cruel desengaño,
volvamos al placer del olvido que nos ha acunado.
Me cubrió de besos y caricias pero yo ya no sentía nada,
me había vuelto un frío témpano a la deriva
por la marea conducido aguas arriba
a una tierra aún más helada.

¿Acaso no has oído las noticias del revuelo?

Le pregunté, ¿acaso no eres mi sacerdotisa,
esa que deberá darme la pista del ojo de la pitonisa?
¿No sabes acaso que en la amargura me renuevo?
Confesé, durante mucho tiempo he sido un vagabundo
dolorido por los deseos y sus frustraciones,
arraigado en el lecho de las tentaciones,
pero ahora he encontrado mi rumbo.

Sobresaltada, me subí encima de ella,
sosteniendo sus piernas con las mías
contuve sus manos ahora frías.
¡¿Cómo explicar que ahora era más bella?!
Con retazos de su ropa la até
al lecho que nos observó amando
y el látigo en mi mano fui tomando
y con sumo placer y deseo, la azoté.

**XVI**

Desesperación, la esperanza muere
cuando se ha encontrado lo que se esperaba
y lo único que queda por encontrar es la nada.
Saber esto sí que duele.
Recorriendo la silenciosa, muerta catedral
desnudo en cuerpo y en palabra
frente a la gran entrada, esperando que se abra
la última metempsicosis abismal.

En la caverna se refugió la abominación
asustado de conocerse a sí mismo
pero cuando realmente penetró el abismo
descubrió el sabor de la destrucción.
Y ahora devora, sí, cómo devora,
todo lo que encuentra a su paso se deshace,
la naturaleza termina, la muerte nace,
desde el crepúsculo a la aurora.

De la tierra es el gran intruso

pero la civilización lo alaba y saluda
y ante su caos siempre se desnuda
el joven, el viejo, el realista, el iluso.
Y no quiere el cielo, ni quiere el verano,
no quiere el invierno, ni tampoco el infierno,
todo es el mismo valor externo
de lo que guardas en la palma de tu mano.

Y cuando la luna se hunde en el día
el sol que ahuyenta, lo ahuyenta
y al dormir su deceso aparenta
y abren sus ojos aquellos que podía
exterminar en solo una noche
pero los ha dejado para mañana,
hoy tienen suficiente las alimañas
y la carne no debe dejarse al derroche.

**XVII**

Desesperación, dulce compañera,
comparte tu grito en el vacío
donde mi discurso sin ecos se ha oído
y la cura ha hallado su propia manera.
¡Ah! Cuando empecé a azotarte nos convertimos
ya no en humanos, ya no en dioses,
ya no en animales, ni siquiera en sus voces,
sino en la energía pura que alguna vez fuimos.

La iluminación nace desde la oscuridad,
le enseñé a mi compañera mis brazos
y con una navaja diagramé los trazos
característicos que componían la palabra verdad.
Ella gritó y yo, sangrante, sostuve su rostro y pregunté,
¿no sabes acaso que en el momento en que chillas
es cuando cobran vida todas las pesadillas?
Quería que reconozca el placer, así que de nuevo la azoté.

La habitación era sangre, nuestro lecho era sangre,

sangre en mis manos, sangre desde mis tendones,
sangre en su espalda, sangre desde sus pezones,
inundados en el agua de la vida. Sangre.
¡Qué dulce y amarga ambrosía!
En su serie de defectos
los jugadores éramos perfectos.
El látigo estaba hambriento y mi muñeca cedía.

Me detuve, ella susurraba su llanto,
junté un poco de mi sangre en el hueco de mis manos
y con dulzura arrimé mi vida a sus labios,
entonces ella saboreó el ligero encanto.
Abandonadas sus lágrimas, sus gritos calló,
deslicé mis dedos con sangre por sus carnosos
ahora rojizos labios hermosos.
Por favor, un poco más, fue lo que pidió.

**XVIII**

Relámpagos sangrientos fueron desatados
bajo nuestro cielo de negras paredes rocosas,
nos cubrió la lluvia roja, humedeció nuestras fosas
nasales el líquido que mana de los tabiques quebrados.
Golpes, arañazos y estallidos de bofetadas,
caos de latigazos uno tras otro, completamente salvaje,
el amor verdadero es aquel que nos une a nuestro linaje
animal, verdadero, de odio y puñaladas.

El enigma de los muertos es el dolor de aquellos que viven,
es el dolor la condición verdadera de la vida,
por eso siempre la desprecia el suicida
y corta sus venas cuando las campanas se baten
el duelo de los días, el paso de las horas,
con el ruido y la furia de inanimados objetos
que desatan figuras de locura en la mente del complejo,
la inyección letal, las mordidas de las cobras.

En el ojo del huracán exploramos los nuevos deseos

acechados por nuestros propios temores,
pero frenéticamente cediendo al placer de los dolores
con movimientos violentos de vampiro en aleteos.
Y en el último movimiento de la sinfonía autodestructiva
simplificamos el sentido del universo en sólo una palabra,
no la repetiré porque me tortura la existencia de un aura ultrajada
que sin embargo no pierde su auténtica belleza provocativa.

El viento provino de nuestro interior y arrancó nuestras pieles,
la carne desnuda fue el traje nuevo de estos emperadores
y nadie nos pronunció como los verdaderos corruptores
de la existencia tal como se la concebía, sabor de las hieles.
En el desierto se debatían nuestros propios analgésicos
pero para romper con las barreras siempre se necesita ayuda
y no importa lo que se busca sino algo que nos sacuda,
consumimos, entonces, a través de la sangre, anestésicos.

## XIX

El sexo es una guerra sin ningún tipo de victorias
sin embargo no es así con el amor, aunque allí no estábamos.
Ahora éramos guerreros en el vacío y salvajemente luchábamos
por no permanecer como víctimas ni escorias.
¡Ah! El sexo es una guerra, pero qué bien que se siente
cuando un cuerpo somete a otro con tormentos físicos
que no aliviará con ningún tipo de tratamiento químico
ni con lágrimas ni con calma aparente.

Nuestros músculos dormían flotando en un lago escarlata
sin ningún rumbo, completamente a la deriva
con una barca con su tripulación dormida
soñando el dulce sueño de la muerte que nos rescata
de realidades peores cuando debemos permanecer en vigilia.
Si fuésemos el sol, hace tiempo que nos habríamos extinto.
Si fuésemos los mismos, hace tiempo que seríamos distintos.
Cuando regresé a mí, sostenía entre mis manos una reliquia.

La reliquia era tan afilada como el más simétrico placer.

Se la mostré a mi compañera, pero ella estaba ahogada
en el lago carmín de su propia sangre derramada.
Me sentí despechado pero supe bien lo que debía hacer.
Me acerqué a mi dormida sacerdotisa y besé su frente,
respiraba no sin alguna dificultad, extenuada en alto grado,
así que tomé la reliquia sólo con una mano
y una y otra vez la clavé en su vientre.

Abrió sus ojos sólo una vez, con sorpresa evidente
y dejó escapar, entre sus labios, un leve quejido
y luego volvió a su anterior aspecto dormido
de planetas desconocidos y descubrimientos inminentes.
La oscuridad, sin dudas, era la única que me había iluminado.
Moví el cuerpo inerte de mi sacerdotisa, pero no había respiración,
ella, que había entregado su vida a mi pecado por mi iluminación.
Ahora realmente la amaba, ahora que no estaba, lloré, amargado.

## XX

Ningún ángel apareció al final para iluminar mi habitación.
¿Estuvo bien mi pecado o todo fue un error?
Golpeé el cadáver de mi compañera y me embargó el terror
que sentí alguna vez en las cavernas y en mi visión.
Me puse de pie, ensangrentado y aún sangrando
y me dirigí al templo, donde descansaba el altar,
allí donde solamente una vela parecía iluminar
un grupo de mujeres con túnicas estaban cantando.

Vino el hombre con máscara de burro y una hostia me acercó
a la boca, y yo devoré con avidez el alimento.
Se quitó la máscara y un rostro sin párpados pareció contento,
puso una mano en mi hombro, lo apretó y me felicitó.
Me preguntó qué fue lo bueno que había aprendido,
a lo que contesté solamente con un mutismo
que me revelaba que yo ya no era el mismo.
Recordé a mi compañera, pero no pude sentirme arrepentido.

Me vestí con mi vieja ropa sucia y abandoné el lugar.

Afuera el cielo sólo pertenecía a unas cuantas nubes grises
como epílogo de mi acto más bajo y triste,
sin embargo el pueblo me pareció el mejor hogar
para la clase de monstruo en que me había convertido,
mi corazón ya nada más buscaba,
así que aquí era donde mi ruta finalmente terminaba,
reconociendo al ser que todo este tiempo había sido.

No me sorprende saber que no soy un ser destinado al amor,
muchas veces me atormentó esta realidad,
pero finalmente he podido aceptar la verdad,
no es tan terrible ser un monstruo destinado al dolor.
Y eso es todo, hasta aquí llega mi última nota,
ahora vagabundeo por el pueblo sucio pero ya no herido,
nunca piso el templo, y si tengo hambre devoro un animal vivo,
así es como son las cosas, en las tierras de la derrota.

Angel Heidan
2008 – Mitómana Producciones